



CRÓNICA DEL TERROR

MIS ANIMALES Y YO

POR JIMENA NÉSPOLO

No me gustan las películas de terror y, sin embargo, hace un tiempo me atrapó una. Paneo de pradera y casita con techo a dos aguas, musiquita cordial, paisaje luminoso: nada anunciaba el horror al televidente pánfilo que, por casualidad o negligencia, hubiérase topado con ella. Pero el verano invita al devaneo, así que como broche de una de esas tantas jornadas de mórbido calor, de anuncio de nuevos recortes

y despidos en el Estado, de rebencazos de patrón que impone con Decretos de Necesidad y Urgencia aquello que no tolera dos silogismos, me planto frente al ventilador a ver *Cementerio de animales* (Mary Lambert, 1989) como quien se sienta en la vereda de su casa a ver pasar el cadáver de la fiesta, con su alegría y sus globos desinflados y su glamour vuelto esperpento.

Con guion realizado por el mismo Stephen King, autor de la novela homónima, la película de Lambert flojea allí donde abraza al género para establecer una clara frontera entre los vivos y los muertos: entre el “otro mundo” y sus fantasmas, y el mundo de los de aquí abajo. Simpática en su presentación —cuando la niña de la casa se entusiasma en conocer el cementerio de animales que se encuentra frente a su nuevo hogar, donde todas las mascotas del poblado encuentran descanso—, su desarrollo ciertamente naif desencadena una resolución morbosa, al solazarse mostrándonos al pequeño Gage, el niño de la familia, blandiendo el escalpelo a diestra y siniestra para asesinar primero a su impávido vecino y luego a su santa madre. Pero hay que volver a decirlo con premura: es la ausencia del Estado lo que en la trama de esta película alimenta al venero del terror. Con una policía de tránsito eficiente, o algunas lomas de burro colocadas por aquí y por allá a lo largo del camino que atraviesa el pueblo y que los camiones transitan a altísimas velocidades, Stephen se quedaba sin mascotas muertas, sin jóvenes y niños accidentados y tan luego así: ¡sin muertos vivos! Pero no trajino esta crónica para hacer de guardia caminera, sino para hablar de mis animales, así que continúo.

En la película, primero es el gato de la niña, llamado Church, el que es traído del más allá; después el padre entierra el cuerpo de Gage en el cementerio indígena y el pequeño de la casa revive. Mucha tinta ha corrido en la literatura gótica para abordar el fenómeno de la transmigración de las almas y las resucitaciones... Pero a Stephen no le importa. Lo que cabe es repetir, no defraudar a la audiencia, tirarle la golosina. El tele-lector mueve la cola contento cuando se ratifica la repetición que al fin mima su ego, ese “¡yo lo dije!”, ese “¡ya sabía lo que iba a pasar!” le ofrece un protagonismo y una fantasía de autoridad frente a la alienación certera del mundo. Lo curioso es que mientras el padre da coces de dolor y no para de cometer estupideces que desencadenan la tragedia, y la madre se repliega sobre su ombligo para revivir una y otra vez sus sufrimientos de infancia asistiendo a su hermana enferma, la única que mantiene la cabeza en su sitio es la niña. Y, por supues-

to, no es escuchada. La infancia comparte con la animalidad su estatus de mudez. Frente al mundo adulto, infante y animal habitan un mismo espacio signado por la incapacidad y el mutismo, por eso la mirada animal le brinda al niño —ante todo— un ámbito de autoconocimiento.

Veo la larga película de terror de mi infancia y me encuentro siempre rodeada de animales: infinidad de gatos y de perros, caballos, pollos, conejos, alguna vaca y hasta chanchos hubo en la granja familiar. Apenas nos mudamos allí, para hacer algo de dinero, mi madre criaba gallinas y vendía huevos. Mis hermanos y yo la ayudábamos a recolectarlos, a lavarlos y clasificarlos en los maples según su tamaño. Pero un día cayó por la granja un Falcon con hombres armados y de civil que no venían a comprar nada. Me veo con cuatro años, junto a mis hermanos, mi madre y un perro dóberman llamado Artus. Me veo con un miedo atroz en la garganta y el deseo de que aquella oscuridad que de pronto invadía nuestras vidas con la violencia de la requisita y el interrogatorio se fuera cuanto antes. Una y otra vez me pregunto, ¿qué fue lo que nos salvó? ¿La precaución de ocultar libros? ¿La cantidad de hijos? ¿La presencia de los animales?

Uno de los tantos debates que agitaron estos meses la iracundia ciudadana fue la puesta en duda de parte de un alto funcionario de gobierno sobre la cantidad de desaparecidos que dejó como saldo la última dictadura cívico-militar. Treinta mil o apenas uno es razón suficiente para condenar el terrorismo de Estado; lo que en verdad se manifiesta al interrogar la cifra es el deseo de legitimar la violencia y de poner en duda la calidad de víctimas de quienes la sufrieron. Que más de treinta mil personas, justamente, hayan pedido la renuncia de Darío Lopérfido y que este siga atornillado en su puesto de ministro de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y al frente del Teatro Colón, habla de la composición etno-ideológica de la Argentina de hoy y de su casta gobernante.

No obstante así, el debate animal se agitó en la sociedad argentina a lo largo del verano, con iracundia y constancia. La foto de Balcarce, el perro del señor presidente, sentado en el sillón de Rivadavia, encendió la mecha. Luego, acicateó la verba el anuncio de la puesta en circulación de una nueva familia de billetes que desplaza el protagonismo de los héroes patrios para dar cabida a los animales. Leemos en el comunicado de prensa del Banco Central de la República Argentina, fechado el 15/01/2016:

La nueva familia tendrá como temas la fauna autóctona argentina y diversas regiones del país. Cada uno de los billetes presentará en el anverso la figura de un animal típico de la región y en el reverso el hábitat característico de esa especie. El BCRA busca con esta familia de billetes resaltar la generosidad de la naturaleza hacia la Argentina y, al mismo tiempo, enfatizar la importancia de preservar y promover la biodiversidad. Con la elección de la fauna y de las regiones argentinas, el BCRA procura también un punto de encuentro en el que todos los argentinos puedan sentirse representados en la moneda nacional. Los motivos de cada billete serán los siguientes:

-Billete de \$1.000: Hornero (ave nacional). Región Centro.

-Billete de \$500: Yaguareté. Región Noreste.

-Billete de \$200: Ballena franca austral. Mar Argentino, Antártida e islas del Atlántico sur.

-Billete de \$100: Taruca, Región Noroeste.

-Billete de \$50: Cóndor. Región Andina.

-Billete de \$20: Guanaco.

Lo animal, entonces, viene a constituirse como punto de encuentro en el que todos los argentinos se verían representados; se ofrece como una figuración post-política y post-ideológica capaz de superar la famosa “grieta” esgrimida como bandera de campaña por el Pro y azuzada en los medios hegemónicos durante toda la etapa final del gobierno kirchnerista. Unitarios y federales; la derecha y la izquierda; peronistas, radicales, progresistas y conservadores; los de arriba y los de abajo: todos vendríamos a ser uno, hermanados a favor de la bio-diversidad y la riqueza de los hábitats naturales argentinos. Sin embargo, la presencia del pequeño yaguareté de peluche que aparece en el anverso del billete de \$500 —cuyo modelo el BCRA difundió al momento del anuncio— permite comenzar a interrogar el basamento ideológico de esta apuesta en la que la naturaleza es “el” concepto de valor puesto en foco.

En *Historia y conciencia de clase* Lukács señala que la naturaleza toma su significado de aquello que ha crecido inorgánicamente, de lo que no fue creado por el hombre; en contraposición a las estructuras artificiales de la sociedad humana la “naturaleza” como valor vendría a reponer ese aspecto de la esencia humana que ha permanecido natural o, al menos, tiende o anhela volver a serlo. La vida del animal silvestre, así idealizada e internalizada en el sujeto, manifestaría un caudal reprimido de experiencias que es el punto de partida, también, de los procesos imaginativos y de la ensoñación.

El billete del yaguareté evidencia de un modo contundente que la imaginaria animal alcanza hoy una dimensión eminentemente darwinista; en esta etapa última del capitalismo emocional, el peluche como regalo es parte de la infancia pero también parte de la retórica amorosa de los sujetos infantilizados, reducidos a una sentimentalidad vaciada de *pathos* y lanzada a la jungla del mercado donde lo que vale es aplastar, seducir o aniquilar al oponente para posicionarse mejor. Porque la jungla capitalista insiste todo el tiempo en reactivar la fantasía “meritócrata” —como vemos en una reciente publicidad de autos—, donde “tener y poder” es la fórmula tautológica que syndica a los más capaces: los elegidos (el que más tiene es el que más vale, el que más vale es porque más tiene: tiene dinero, tiene poder, tiene mujeres-florero y tiene también los fueros que le compra su billetera). Se trata, pues, de una sensibilidad ambiente que concibe al ciudadano ante todo como consumidor: de juguetes, de cuerpos, de relaciones, de mercancías. Así, el animal que a lo largo de la civilización fue parte de la cotidianidad doméstica y de las ritualidades sacras, que luego se vio replegado a partir de la Revolución Industrial a las dimensiones de la ficción, encuentra hoy en el trémulo peluche vuelto moneda el rapaz modo de transparentar su estatuto último de existencia en la apoteosis de la imaginaria Disney y el espectáculo de masas.

Los grabados de *Public and Private Life of Animals* de Grandville, publicados entre 1840 y 1842, dan cuenta de ese punto de clivaje del arte romántico que marca la inminente desaparición de los animales en las sociedades industriales y su repliegue en la imaginación emotiva de los sujetos. En estas estampas de personas animalizadas, el valor y el lugar de los sujetos en la sociedad resulta enmascarado/desenmascarado a través de la figuración animal elegida. Del mismo modo que en las viejas fábulas y en los apólogos, la efectividad de esa representación habilitaba la pista de su continua reutilización: así por ejemplo el león, el rey de la selva, colocado en lo más alto de la pirámide social, reactiva y expone de un modo transparente su valor en propagandas televisivas que acuden a representaciones antropomórficas para vender perfumes, desodorantes o autos de alta gama.

Con todo, en la galería de la fauna autóctona de los billetes argentinos, el valor más alto de la moneda lo representa el hornero, el ave nacional, símbolo —como se sabe— del cuidado y la construcción del hogar, dejando atrás al yaguareté (\$500) y a la ballena franca

...EN LA GALERÍA DE LA FAUNA
AUTÓCTONA DE LOS BILLETES
ARGENTINOS, EL VALOR MÁS ALTO
DE LA MONEDA LO REPRESENTA
EL HORNERO, EL AVE NACIONAL,
SÍMBOLO DEL CUIDADO Y LA
CONSTRUCCIÓN DEL HOGAR,
DEJANDO ATRÁS AL YAGUARETÉ Y
A LA BALLENA FRANCA.



(\$200). En este sentido, otro dibujo de Grandville titulado *Los animales entrando al arca de Noé* resulta profético; en la tradición judeo-cristiana el arca fue la primera reunión ordenada, comunitaria y hogareña, que se dio entre los animales y los hombres. El dibujo en cuestión nos muestra un muelle donde desfila una larga cola de diferentes especies que ostentan la postura de los emigrantes, esa que conjuga la impavidez y la desesperación de aquellos que se alejan del mundo conocido para buscar una mejor suerte: el oso, el burro, el camello, todos parten para hacerse “la América”.

Pero me he ido por las ramas, así que vuelvo a mis animales. Porque, en efecto, de niña antes de conocer el poder de la literatura yo quería ser, más que mona o gorila, veterinaria. Supongo que por amor a las bestias, pero también para acercarme a mi padre. Hace no mucho

tiempo, cuando le confesé a un escritor del mundillo, procreador asiduo de jácaras y boberas, que el que había salido veterinario era mi hermano y que mi padre en los últimos años se había dedicado a criar y a carnear conejos, se quedó mirándome horrorizado. Y yo, que nunca he matado a un animal pero que bien sé que —aun teniendo a *Bestiario* y a *Mundo animal* en mi biblioteca— podría hacerlo, sentí vergüenza, sentí pudor y una extrañeza profunda, como si hubiera vivido mi infancia y mi adolescencia en otro siglo; como si pudiera *refalar* en los charcos de sangre de la mazorca sin inconveniente alguno, pero no pudiera abrazar un sentimentalismo de pipeta ante la muerte animal.

Algo de ese esnobismo propio de la doble moral de las castas se evidencia, por ejemplo, en la obliteración de la figura de la vaca —protagónica en nuestra tradición cultural y culinaria— en la nueva familia de billetes nacionales; como si al elidir totalmente la figuración dineraria de aquellos animales pasibles de ser comidos se pudiera ocultar el orden canibal que rige nuestro tiempo.

Cuando tendría nueve o diez años, el padre Casimiro, un cura polaco venido del hambre y de la guerra, que sermoneaba poco y trabajaba de sol a sol, me regaló una oveja negra que nació en su rebaño. Le puse nombre y la llevé a casa. No recuerdo cuánto tiempo estuvo conmigo, solo que se comía las flores de mi madre y que antes de terminar de crecer la mataron los perros. Mi padre prometió hacerme unas pantuflas con su cuero, pero creo que no cumplió. Tampoco es importante esto, por supuesto, en esta crónica irrelevante. A lo que voy es que la vida y la muerte animal, aun aquella de los animales más amados, es radicalmente diferente a la huma-

na. Y es en esa diferencia de especie, cuando se la experimenta de verdad, donde se cifra el misterio. Poner en un mismo nivel de comparación a lo viviente, como es el caso extremo del personaje Elizabeth Costello de J. M. Coetzee, que homologa los campos de exterminio nazi con los centros de producción cárnica contemporánea, solo evidencia un antropocentrismo asaz ingenuo peligrosamente volcado hacia la “banalidad del mal”, y un desconocimiento rotundo de lo que es vivir entre animales, con animales, de los animales y para los animales en la más pírrica marginalidad.

Pero detengámonos un momento en la apuesta de Coetzee al postular la existencia de un “genocidio animal”, una apuesta que es presentada como una provocación por parte de su personaje, la novelista Elizabeth Costello, y que quizá no lo sea tanto. Leemos en el capítulo “El problema del mal”:

La han invitado a dar una conferencia en Amsterdam, una conferencia sobre el eterno problema del mal: ¿por qué hay maldad en el mundo y qué se puede hacer al respecto, si es que se puede hacer algo?

Tiene una idea bastante aproximada de por qué la han elegido los organizadores: debido a una charla que dio el año pasado en una universidad de Estados Unidos, una charla por la que fue atacada en las páginas de Commentary (la acusación fue que le había quitado importancia al Holocausto) y defendida por una gente cuyo apoyo en la mayoría de los casos la avergonzó: antisemitas encubiertos y sensibleros defensores de los derechos de los animales.

En aquella ocasión habló de lo que consideraba y sigue considerando la esclavización de toda la población animal del mundo. Un esclavo: un ser cuya vida y cuya muerte están en manos del otro. ¿Qué otra cosa son el ganado, las ovejas y los pollos? Nadie habría soñado siquiera con los campos de exterminio si antes no hubieran existido las plantas de procesamiento cárnico. Eso y más es lo que dijo: a ella le parecía obvio, apenas digno de pararse a pensarlo. Pero lo cierto es que se pasó un poco de la raya. La matanza de los indefensos se sigue repitiendo a nuestro alrededor, día tras día, dijo, una matanza que no es distinta en escala ni en horror ni en importancia moral a lo que llamamos “el” Holocausto. Pero decidimos no verlo.

Es que la diferencia entre genocidios y masacres de lo viviente radica quizá en el uso político que se hace de esas muertes. Como se sabe, la palabra “genocidio” la acuñó un jurista estadounidense de origen polaco, Raphael Lemkin, profesor de la Universidad de Yale, en su libro *Axe's Rule in Occupied Europe* (1944). Instruidos por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, los tribunales de Nüremberg y Tokio necesitaban un nuevo concepto del “crimen contra la humanidad”, para designar los crímenes nazis contra los judíos. Una vez que el término se instaló, se habló de “genocidio” en casi todos los conflictos de la segunda mitad del siglo XX: de Camboya a Chechenia, pasando por Burundi, Ruanda, Guatemala, Bosnia y también acá, para designar la política genocida del terrorismo de Estado de la última dictadura cívico-militar. El siglo XX fue pensado, incluso, como “el siglo de los genocidios”, luego de que Eric Hobsbawm lo pensara como la “era de los extremos” y Alain Badiou como “el siglo de la Bestia”. Utilizada también de manera retroactiva para calificar tanto el exterminio

armenio de 1915 como el de la conquista y colonización de América, la aplicación generalizada del concepto propició además la inclusión de los *genocide studies* en numerosas universidades de todo el mundo. En este sentido, es interesante la reflexión propuesta por Jacques Sémelin en *Purifier et détruire* (2005) quien, desembarazándose del derecho internacional y la normatividad jurídica, piensa los usos políticos de las masacres en función de sus dinámicas de destrucción. Toda la historia de la humanidad puede leerse a través del uso político dado a las masacres, para lograr el sometimiento, la erradicación o la insurrección del otro.

Pero, ¿qué hubiera pasado si, en vez de militar la “causa animal”, la escritora Elizabeth Costello hubiera acudido a la figura de “genocidio” para plantear el problema del hambre en África o, para seguir en la línea de la absurdidad o de la provocación, para hablar de los fetos abortados convertidos en productos de cosmética femenina altamente rentables en la industria? Las invitaciones a conferenciar por aquí y por allá en universidades privadas hubieran disminuido, ya que ambas comparaciones, si bien distantes entre sí, acusan como nudo del conflicto la distribución dispar de la riqueza en el orbe heteropatriarcal y la funcionalidad del cuerpo de las mujeres, incluso el de las feministas pro-abortistas. La causa animal, por tanto, se presenta ante todo como vaciada de ideología y de *pathos*, y se ofrece como arena de negociaciones y disputas donde lo político, precisamente, puede o debe ser leído en su revés de trama. Pero por fortuna J.M.Coetzee ya ganó el Premio Nobel y tiene su descendencia asegurada al menos

en estas costas plagadas de amanuenses, aunque a *Elizabeth Costello* y a otras tantas novelas más se les vea la costura de personajes inverosímiles o con premura inacabados.

No obstante, mientras traccio esta crónica y me obsesiono cada vez más con mis animales, encuentro en Facebook una entrada del poeta Manuel Vilas del 6/4/2016 que se titula “Homenaje a los caballos” que dice así:

Cuando uno viaja por Estados Unidos, a poca imaginación política y geográfica que se tenga, lo que más sorprende es el logro de la unión nacional y estatal en un territorio tan vasto. Ese es el milagro americano: cómo lograron, y nada menos que a finales del siglo XVIII, conformar una nación. Aquí saben perfectamente que la unión es una fórmula política muy poderosa. ¿Cómo consiguieron vertebrar un territorio continental en un solo estado sin que existieran carreteras, medios de comunicación de masas, automóviles, teléfonos, etc? ¿Cómo? Lo normal es que se hubieran creado 20 países en semejante territorio inmenso. Pero consiguieron la Unión. Eso me fascina. No es una cuestión de admiración, sino de curiosidad. La curiosidad es uno de los mejores instintos de la inteligencia.

Es decir: ¿cómo se las ingeniaron para unirse? ¿Es el amor un poder político de posibilidades cuánticas? Por amor a sí mismos, ¿lo hicieron por eso?

Un territorio de nueve millones de km cuadrados unidos políticamente, a fuerza de gente que iba a caballo.

Los caballos, ahí está la explicación. Es decir, el viaje.

Más: viajar, unirse y prosperar.

Emocionada por la posibilidad de que el gran poeta español haya dejado de cantar odas a las hamburguesas de McDonald's, lo invito floridamente por chat privado a que participe de esta edición, enviándonos “Homenaje a los caballos” completo, algo me dice que es un fragmento *in progress* de otro texto, ¿un poema largo quizá? A los tres días recibo la respuesta: “Úsalo si quieres. Te lo regalo”. Son las 7.30 de la mañana, febo asoma y la indignación me enciende. ¿Los poemas se usan?



LA CAUSA ANIMAL, POR TANTO, SE PRESENTA ANTE TODO COMO VACIADA DE IDEOLOGÍA Y DE PATHOS, Y SE OFRECE COMO ARENA DE NEGOCIACIONES Y DISPUTAS...

OBRAS DE CRISTINA MARTINO



...LOS ERRORES DE COMUNICACIÓN GENERADOS ENTRE LA LITERATURA ESPAÑOLA Y LA ARGENTINA SON DIRECTAMENTE PROPORCIONALES A LA DISTANCIA QUE MEDIA ENTRE UN BURRO Y UN CABALLO. EL BURRO ES PARA LA LITERATURA ESPAÑOLA LO QUE EL CABALLO ES PARA LA ARGENTINA.

Se me ocurre, luego del altercado, que los errores de comunicación generados entre la literatura española y la argentina son directamente proporcionales a la distancia que media entre un burro y un caballo. El burro es para la literatura española lo que el caballo es para la argentina. Los caballos españoles son caballos cansinos, jamelgos gastados por el peso de la tradición y de la historia; Rocinante, el caballo español por excelencia, es descrito por Cervantes como un matungo viejo, una bolsa de huesos que comulga con su amo. De ahí al asno de *Platero y yo* hay un pequeño trotecito que se agiganta solo en la pluma de los grandes escritores. Para el caso argentino, el asno es, básicamente, un animal de trabajo y de carga que rara vez se monta; mientras la mula es la que cruza las fronteras llevando y trayendo droga. En nuestra tradición, los caballos no son animales de “uso”, los burros sí. El gaucho argentino, como el pionero norteamericano, establece una relación simbiótica con el caballo, porque de él depende nada menos que su supervivencia. Es de notar, también, que por estos lares se llama “burro” a los alumnos de poco brillo y, por cierto, a los caballos cuando se los hace correr.

Pero empecé esta crónica con una película de terror y hablando de los accidentes. Curiosamente, caigo ahora en la cuenta de que Pinky, mi yegua de infancia y adolescencia, fue atropellada por un camión el año mismo en que empecé la facultad... Con o sin *yovaca*, en esta tierra brava se atraviesan los meses estivales como si fueran largas travesías. Para mi sorpresa, de este verano hemos salido con animales muertos en el bolsillo y un olor a billete peligroso en el hocico que no se va con nada.

A los seis o siete años, no sé, comencé a sentir que moría. Recuerdo noches enteras sentada en la cama, sostenida por un delgado hilo de aire y la conciencia de que la muerte no era tan mala después de todo. Abrazar un fin es también abrazar el fin del sufrimiento. Recorro el panorama adusto de la memoria y en esas largas horas de insomnio y ahogo que escandieron mi infancia, solo me veo acompañada por un libro y por mi perra Jimena... Alguien desaconsejó a mis padres los corticoides e instaló la certeza de que el asma no era una enfermedad real sino psicológica, así que junto a la sospecha de insanía o de locura que desde entonces tiñó la mirada de mis hermanos, mis padres me regalaron a Jimena, una perra salchicha, que llegó ya crecida y con nombre. Mientras todos los perros de la casa dormían afuera, Jimena dormía conmigo. Jimena comía adentro. Jimena era mi sombra. Cuando llegó Jimena aprendí a diferenciar cuándo alguien de la familia me invocaba realmente a mí y cuándo alguien llamaba a Jimena. Gritando, rapidito y con premura: "jimena, jimena, jimena" aparecía la perra. Gritando "¡JIMENA!" aparecía yo. Con su ladrido agudo y nervioso, su velocidad de sílfide para correr, así pequeñita era la perra más guardiana de la casa, la que ponía a todos los perros intimidantes en alerta y llamaba a la acción. Hay que decir, también, que gracias a Jimena no había ratas en casa. Su eficiencia para cazarlas no era superada por ningún gato y, a diferencia de ellos que tenían la irresponsable costumbre de morir, Jimena: persistía.



Algunos libros mencionados:

Cementerio de animales, de Stephen King. *Historia y conciencia de clase*, de Georg Lukács. *Axe's Rule in Occupied Europe*, Raphael Lemkin. *The Age of Extremes. A History of the World (1914-1991)*, de Eric Hobsbawm. *El siglo*, de Alain Badiou. *Purifier et détruire. Usages politiques des massacres et génocides*, de Jacques Sémelin. *Eichmann en Jerusalén, Un estudio sobre la banalidad del mal*, de Hannah Arendt. *Bestiario* de Julio Cortázar y *Mundo Animal* de Antonio Di Benedetto. *La Refalosa*, de Hilario Ascasubi. *Elizabeth Costello, Desgracia y Esperando a los bárbaros*, de J. M. Coetzee. *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez.

